

CAPITALISMO: LA DIVINA MAQUINARIA DEL PARAÍSO*

JAVIER GERARDO MILEI**

Epílogo

Hay libros que se escriben para informar. Hay libros que se escriben para convencer. Y hay libros que se escriben porque no escribirlos sería una traición. Este es uno de esos. No lo elegí. Me eligió. Y llegado al final, cuando la arquitectura argumental ya cumplió su función y la voz académica ya dijo todo lo que tenía que decir, me queda una sola cosa por hacer: testimoniar. Porque si hay algo que aprendí es que detrás de cada sistema económico hay una moral primera. Detrás de cada política hay una concepción del hombre. Y detrás de cada concepción del hombre hay una respuesta —consciente o no— a la pregunta más antigua y más urgente que existe: si hay o no un orden que nos trasciende. Yo encontré esa respuesta. Y no puedo callarla.

La conclusión a la que he llegado es simple en su formulación y profunda en sus consecuencias: si uno abraza los valores judeo-cristianos, su vida espiritual vibra en la misma sintonía que su vida material, y como consecuencia de esa consonancia, prospera. Cuando uno rechaza esos valores, la vida material entra en conflicto con la vida espiritual y el resultado es la miseria. No es una intuición ni una metáfora. Es una ley tan rigurosa como cualquier ley económica. Dos más dos, cuatro.

* Milei, J.G.; *La Construcción del Milagro*, Epílogo, Ed. Hojas del Sur, 2026.

** Doctor en Economía, político y docente argentino, actual presidente de la República Argentina desde 2023. Ha desarrollado su trayectoria profesional en el ámbito académico, el sector financiero y la consultoría, especializándose en teoría monetaria y ciclos económicos. Es uno de los principales exponentes del liberalismo y la Escuela Austriaca de Economía en el mundo hispano, con una defensa firme del libre mercado y la limitación del Estado. Ha sido profesor universitario y conferenciante habitual en foros internacionales.

Para entender por qué, hay que empezar por el principio. Y el principio, en la tradición hebrea, es el Génesis: *Bereshit*. La Torá no abre con una discusión ni con un mandamiento. Abre con una creación. Y en esa creación está todo lo que necesitamos saber sobre la condición humana y sobre el orden que Dios imaginó para ella. El texto dice: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y era bueno en gran manera.” (Génesis 1:31). Esa bondad radical del origen es la clave. El mundo que Dios diseñó para el hombre no era un mundo de escasez. Era un mundo de abundancia.

Lo que caracteriza al paraíso es la abundancia radical. No únicamente la disposición de todos los bienes que uno pudiera desear, sino también la eliminación de la restricción más fundamental que enfrenta el ser humano en la tierra: el tiempo. Si yo quisiera consumir toda la variedad de frutos que existen, mi problema en este mundo no sería la disponibilidad sino el tiempo. Pero en el paraíso hay vida eterna —*chayyei olam* en el hebreo—, con lo cual el tiempo deja de ser una restricción. Y en el paraíso tampoco se amortiza el cuerpo. La maquinaria que habitamos acá no solo se cansa sino que se desgasta. Tu condición atlética de hoy no es la misma que la de hace veinte años. En el paraíso esa degradación no existe.

Por oposición, el infierno puede definirse como la miseria radicalizada, la miseria extrema. No solo la ausencia de bienes, sino la presencia del tiempo como peso, como tormento, como un día a día que aplasta sin horizonte. La tradición judía habla del *Gehinnom* no solo como castigo sino como consecuencia: el resultado natural de haberse apartado del orden divino.

Acá es donde la reflexión se vuelve más profunda y más incisiva. Porque antes de que existiera el Estado, antes de que existiera el mercado, antes de que existiera cualquier sistema que el hombre haya construido, existía el trabajo. Y el trabajo no nació de la transgresión. Nació del diseño.

La Torá lo dice sin ambigüedad: “Y tomó el Eterno Dios al hombre, y lo puso en el huerto del Edén, para que lo labrara y lo guardara.” (Génesis 2:15). Eso es anterior a la caída. Anterior a la transgresión. Anterior a la escasez. El hombre trabajaba en el paraíso con lo que podríamos llamar dotación divina: una capacidad cognitiva infinita, directamente provista por el Creador, que no tenía límite ni declive. Tenía que ponerle nombre a todas las

criaturas vivientes, lo que implica un dominio total del lenguaje, la biología, la anatomía, la geología, la taxonomía. No lo aprendió: lo sabía, porque el Uno se lo había dado. Hoy, con toda la inteligencia artificial disponible, con todos los modelos de lenguaje y sistemas de cómputo que la humanidad ha construido, no hay ninguno que se aproxime siquiera a la capacidad cerebral que tenía el hombre antes de la caída. El almacenamiento, el procesamiento, la comprensión que operaba en Adán era incomparablemente superior a cualquier IA actual, y a todas juntas. No porque el hombre fuera más inteligente en un sentido biológico: sino porque operaba con dotación divina, con la provisión directa del Creador. Trabajaba, pero no sudaba. Producía, pero no escaseaba. Esa es la condición original: trabajo en obediencia al Creador, con dotaciones infinitas, dentro de un orden que no lo restringió sino que lo completó.

Y entonces dice la Torá: “De todo árbol del huerto podrás comer.” (Génesis 2:16). No de algunos. No según tu capacidad. De todo. Eso es abundancia radical. Eso es el paraíso.

Después vino la caída. Y con la caída vino la pérdida. Pero es fundamental entender qué se perdió y qué no. Lo que se perdió no fue el trabajo. Lo que se perdió fue la dotación divina con la que el hombre trabajaba. Antes de la caída, el hombre tenía acceso directo a la provisión del Creador: dotaciones infinitas, capacidad cognitiva sin límite, conocimiento sin esfuerzo. Después de la caída, todo eso quedó clausurado. Las dotaciones pasaron de infinitas a finitas. La capacidad cerebral se redujo a una fracción de lo que era. Y la tecnología, que en el paraíso no era necesaria porque el Creador proveía directamente, se convirtió en algo que el hombre debe descubrir por sí mismo, con esfuerzo, con error, con tiempo. Y apareció lo que la Torá describe con una precisión brutal: “Con el sudor de tu frente comerás el pan.” (Génesis 3:19). El mismo trabajo. Pero con una herramienta rota. El mismo mandato de producir y crecer. Pero ahora con escasez, con esfuerzo, con límite.

Y en ese momento —en el mundo post-caída, en el mundo con dotaciones finitas y tecnología que hay que descubrir— el hombre tiene que elegir cómo organizarse. Y aquí está el punto que quiero subrayar con fuerza: el capitalismo es el sistema que Dios preparó a través de su ley para que, después de la caída, el trabajo continuara. No lo inventó el hombre. El hombre lo descubrió al

obedecer. Está inscripto en los Diez Mandamientos, en el orden moral que el Creador estableció antes de que existiera cualquier Estado o cualquier mercado. No restaura la dotación divina que se perdió. No devuelve al hombre la capacidad infinita que tenía en el Edén. Pero es el único sistema que, en consonancia con la ley de Dios, permite que el hombre trabaje, innove, descubra tecnología y genere prosperidad dentro de sus condiciones actuales. Y más aún: es el camino que, al alinearse con esa ley, permite traer el paraíso a la tierra. No el paraíso de las dotaciones infinitas —ese lo perdimos— sino el paraíso posible: la abundancia radical dentro del mundo caído, lograda por la obediencia al orden divino.

Las condiciones que el capitalismo necesita para funcionar están escritas en los Diez Mandamientos. Esto no es una metáfora ni una analogía. Es una correspondencia estructural que quiero destacar con toda la precisión que merece. Y para hacerlo, hay que empezar por el principio. Por el verdadero principio: el primer mandamiento en la versión judía de la Torá.

En el judaísmo, el primer mandamiento no es una orden en sentido estricto. Es una declaración. Está en el libro de *Shemot* —el Éxodo—, en la parashá *Yitró*, y dice: “Yo soy el Eterno, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud.” (*Shemot* 20:2). Dios no comienza con una prohibición. Comienza con un acto de liberación. Se presenta como el que rompe cadenas, como el que saca al hombre de la esclavitud. Ese es el fundamento de todo lo que sigue. Antes de decirle al hombre qué no puede hacer, Dios le recuerda quién lo hizo libre. La libertad no es una conquista humana. Es un don divino. Y de ese don surge la responsabilidad de no esclavizar al prójimo, de no someterlo, de respetar irrestrictamente su proyecto de vida. Eso es el liberalismo en su esencia más profunda: el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, basado en el principio de no agresión y en la defensa del derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad. No es una ideología de laboratorio. Es la consecuencia directa del primer mandamiento.

No matarás (*Lo tirtza*): es la defensa absoluta del derecho a la vida. Sin ese derecho no hay proyecto de vida posible, no hay propiedad que valga, no hay contrato que tenga sentido. Es el mandamiento que establece el principio de no agresión en su forma más pura: nadie puede iniciar la fuerza contra otro. La vida del prójimo

es inviolable. Su cuerpo es inviolable. Y esa inviolabilidad es la condición de posibilidad de toda convivencia libre.

No robarás (*Lo tignov*): sin propiedad privada no hay mercado. Si el fruto de mi trabajo puede ser confiscado por otro —ya sea un ladrón o un Estado que redistribuye por la fuerza— desaparece el incentivo a producir. La propiedad privada no es una convención humana arbitraria. Es el reconocimiento de que el trabajo del hombre le pertenece, porque el Creador mismo lo instituyó así.

No darás falso testimonio (*Lo ta'aneh be-re'akha ed shaker*): sin verdad en el contrato no hay trato posible. El mercado libre es, en su esencia, un sistema de intercambio voluntario basado en información veraz. La mentira lo corrompe. El fraude lo destruye. Por eso la honestidad no es una virtud opcional dentro del capitalismo: es su condición de existencia.

No codiciarás (*Lo takhmod*): sin respeto por lo ajeno no hay convivencia pacífica. La codicia —el deseo de apropiarse de lo que le pertenece al otro— es exactamente el combustible moral del colectivismo y del marxismo. La Torá lo prohíbe porque destruye el tejido de confianza sobre el que se construye cualquier orden social libre.

Son las mismas normas que en el judaísmo se llaman el *lo ta'aseh*, el “no hacer”: la valla que protege la convivencia libre entre individuos. Y son también la columna vertebral del cristianismo en todas sus tradiciones. El sistema que respeta esas normas —el sistema que hace de la propiedad privada y el contrato voluntario sus pilares— es el sistema que está en consonancia con la ley de Dios. Y esa consonancia no es accidental. Es estructural. Hans-Hermann Hoppe demostró con rigor filosófico que la combinación de dos principios —el principio de no agresión, que surge del *No matarás*, y el principio lockeano de apropiación originaria, que surge del *No robarás*— es la única base posible para un orden social justo y eficiente. El trabajo del hombre sobre los recursos que nadie ha reclamado genera propiedad legítima. Esa propiedad, protegida por la no agresión, genera intercambio voluntario. Y ese intercambio voluntario, libre de coacción, es el motor de la prosperidad. Jesús Huerta de Soto lo precisó con su concepto de eficiencia dinámica: ese sistema no solo es justo, sino que además maximiza el crecimiento económico a largo plazo, liberando la creatividad empresarial, descentralizando

el conocimiento y convirtiendo la libertad en el camino más corto hacia la abundancia. El camino de vuelta al paraíso. Es por eso que el capitalismo, y no otro sistema, es el que deriva en abundancia radical.

Hay una enseñanza que escuché en una conferencia en conmemoración del Rebe —el Rebe Menájem Mendel Schneerson, de bendita memoria— y que desde entonces no me abandona: la misión no era guiar a su pueblo a la tierra prometida, sino traer el paraíso a la tierra. Y la razón es aún más profunda: porque Dios desea tener una morada en el mundo físico, en los reinos inferiores. No somos nosotros los que intentamos alcanzar el cielo. Es el Creador el que quiere habitar la tierra. El gobierno total, eterno y final de Dios no es en los cielos solamente. Es en la tierra.

Esa enseñanza tiene su raíz en la Torá. En el libro de Levítico el Creador promete: “Si anduviereis en mis estatutos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra, yo daré vuestra lluvia en su tiempo, y la tierra rendirá sus productos, y el árbol del campo dará su fruto.” (Levítico 26:3-4). La prosperidad material es la consecuencia natural de la obediencia espiritual. El paraíso no se alcanza: se trae. Y se trae cumpliendo la ley de Dios aquí, en esta tierra, en este tiempo.

Y está en el Padre Nuestro también, para quien quiera escuchar. La oración no dice “vámonos nosotros al reino”. Dice: “Venga a nosotros tu reino, así en la tierra como en el cielo.” El paraíso viene a nosotros. A nosotros, que lo perdimos. Que fuimos expulsados. Que no podemos volver por nuestros propios medios. Por eso el Creador viene a nosotros: porque nosotros perdimos ese lugar y ya no podemos recuperarlo solos. “Así en la tierra como en el cielo” no es una fórmula litúrgica. Es un programa. Es traer el paraíso a la tierra. Y para traerlo, el hombre debe cumplir la ley de Dios.

Al cumplir la ley de Dios, vas a tener un sistema económico que es justo, que es eficiente, y que además maximiza el crecimiento y por ende te deriva en abundancia radical. Eso es el capitalismo en consonancia con los valores judeocristianos: el camino de regreso. No el paraíso mismo —ese lo perdimos— sino el sistema que, dentro de las condiciones del mundo caído, más se aproxima a él.

Sin embargo, cuando uno rechaza la ley de Dios, cuando adscribe al marxismo, el resultado no es incierto. El marxismo no es

simplemente una teoría económica alternativa con errores técnicos corregibles. Es algo mucho más serio: se autodeclara como una teoría satánica. Marx era satanista. Sus propios textos de juventud lo revelan: el drama *Oulanem* —anagrama de Emmanuel, nombre bíblico de Cristo— es un himno a la destrucción y al odio contra el Creador. “Pronto abrazaré la eternidad y lanzaré gigantescas maldiciones a la humanidad”, escribe Marx en ese texto. Richard Wurmbrand lo documentó con rigor en su libro *Marx y Satanás*. Los textos existen. Están publicados. Están disponibles para quien quiera leerlos. No es una acusación retórica. Es una descripción de la cosmovisión que está en la raíz del sistema.

Y esa cosmovisión engendra un conjunto de valores morales que son exactamente los opuestos a los valores judeocristianos: la envidia, el odio, el resentimiento y el trato desigual ante la ley. Y en su expresión más consecuente, ese sistema implica, en función del objetivo del grupo, el exterminio físico de individuos. No es una posibilidad teórica. Es la historia verificable de todos los regímenes que abrazaron ese programa: cien millones de muertos y la miseria sistemática de los pueblos que cayeron bajo su dominio.

Lo que el marxismo hace, en su esencia teológica, es ocupar el lugar del Creador. Así como la caída nació del deseo de ser como Dios —“seréis como dioses”, le dijo la serpiente a Eva (Génesis 3:5)—, el marxismo instala al Estado total —el Estado sin límites, el Estado que lo abarca y lo controla todo— en el lugar del Uno: él decide qué es justo, él define qué corresponde, él distribuye lo que no produce. No es el Estado como herramienta acotada al servicio del orden. Es el Estado como dios sustituto, con poder absoluto y sin rendición de cuentas ante ninguna ley que lo trascienda. Es el intento más ambicioso y más devastador de reemplazar el orden divino por el orden humano. Y el resultado, siempre, es el mismo: miseria, muerte, infierno en la tierra.

Mientras que el programa de Dios trae abundancia y armonía espiritual y material, el programa marxista es un programa satánico que en lugar de traerte el paraíso te trae el infierno. Ese es el programa opuesto al programa de Dios. La elección no es política. Es moral.

La Torá cierra el ciclo con una claridad que no admite interpretaciones intermedias. En el libro de Deuteronomio, Moisés le habla

al pueblo antes de entrar a la tierra prometida: "Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames al Eterno tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y el Eterno tu Dios te bendiga." (Deuteronomio 30:15-16). La vida y el bien de un lado. La muerte y el mal del otro. No hay un tercer camino.

Eso es lo que este libro intenta transmitir, en el lenguaje de la filosofía y de la economía, pero con una convicción que viene de más arriba: que hay un orden moral en el universo, que ese orden tiene consecuencias materiales concretas, y que el hombre libre que honra la ley de Dios está construyendo, ladrillo a ladrillo, sudor a sudor, el único paraíso que nos está permitido edificar en esta vida. No el paraíso que perdimos. El que podemos traer. El que se trae con obediencia, con trabajo, con libertad. El que se trae cuando uno elige la vida y el bien, y le da la espalda de una vez y para siempre a la muerte y al mal. Esa es la batalla. Y en esa batalla estoy. Con todo.

Todo esto vale para el hombre individual. Pero la Torá no se detiene ahí. Va más lejos. Porque lo que es verdad para el individuo es verdad también para las naciones. Y lo que es verdad para las naciones es especialmente verdad para quien las gobierna. El gobernante que honra la ley de Dios no solo prospera él: hace prosperar a su pueblo. El gobernante que la rechaza no solo cae él: arrastra a su pueblo a la miseria. Esa es la responsabilidad más pesada que existe. Y la Torá la establece sin eufemismos. En el libro de los Proverbios está escrito: "Cuando los justos dominan, el pueblo se alegra; cuando domina el impío, el pueblo gime." (Proverbios 29:2). Y en el Deuteronomio, Moisés le dice al pueblo antes de entrar a la tierra prometida: "Ponés rey sobre ti... que no aparte su corazón de los mandamientos, para que prolongue los días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel." (Deuteronomio 17:15-20). El rey que obedece la ley perdura. El pueblo que obedece la ley prospera. La nación que honra el orden divino recibe la bendición de ese orden. Y la que lo rechaza recibe su consecuencia. No como castigo arbitrario. Como resultado lógico, inevitable, inscripto en la naturaleza misma de las cosas desde el principio de los tiempos. Yo lo entendí. Y es por eso que gobierno como gobierno.

El que tenga oídos, que oiga. El que no quiera oír, que se haga cargo de las consecuencias.

*Que Dios bendiga a los argentinos,
que las fuerzas del cielo nos acompañen*
¡y viva la libertad, carajo!

